

Stoa

Vol. 5, no. 9, 2014, pp. 57-75

ISSN 2007-1868

EMERGENCIA DEL SUJETO EN JUDITH BUTLER: ENTRE FOUCAULT Y FREUD

ARIEL MARTÍNEZ

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad Nacional de La Plata
amartinez@psico.unlp.edu.ar

RESUMEN: El presente trabajo se propone analizar algunas claves sobre la teoría del sujeto que Judith Butler construye a partir de referencias provenientes tanto del psicoanálisis como del pensamiento foucaultiano. Para ello se traza un recorrido sobre algunas categorías que constituyen la plataforma analítica que sustenta el pensamiento de la autora. Finalmente se exponen algunas críticas y propuestas al respecto.

PALABRAS CLAVE: Sujeto · queer · identificación · poder

ABSTRACT: The aim of this paper is to analyze some theoretical keys about the account of the subject that Judith Butler builds based on references from both psychoanalysis and foucauldian thought. In order to accomplish this aim, we outline a sketch through some of the categories that constitute the analytic base that supports her views. To conclude, we point out some critiques and suggestions.

KEYWORDS: Subject · Queer · Identification · Power

1. A modo de introducción: la categoría de sujeto

Tal como señalan autores contemporáneos, los modos específicos de pensamiento que se desprenden de la modernidad han mostrado su fracaso y agotamiento. En este sentido se habla de postmodernidad, pensamiento postmoderno, o condición postmoderna (Lyotard, 1979).

Los desarrollos de los pensadores posmodernos, en términos de Jane Flax (1990), comparten al menos un tema organizativo: la descomposición de las metanarrativas de la Ilustración. A partir de aquí se ponen en la mesa los grandes mitos de la Ilustración: la posibilidad de alcanzar objetivamente la verdad, el conocimiento racional del mundo y el sujeto estable (Foster, 1985). Es así que las categorías gestadas al interior del pensamiento ilustrado, como por ejemplo la de sujeto, comienzan a evidenciar contradicciones internas.

Como es sabido, la categoría de sujeto encuentra sus orígenes, en términos filosóficos, con el pensamiento de Descartes. Esta "posición subjetivista llega a su máxima expresión en la modernidad con una concepción de sujeto absoluto e incondicionado, que se propone a sí mismo como centro de referencia frente a un mundo devenido en objeto. En efecto, el sujeto como categoría filosófico-política, surgió al menos teóricamente con la modernidad" (Femenías, 2000, pp. 52-53).

Durante los siglos XVI y XVII se delimita un estatuto epistémico del sujeto, un sujeto de conocimiento en relación a un anhelo de certeza, de un saber que revela una verdad descubierta a partir de la razón, lo que da lugar a la práctica científica y a la ruptura con epistemes anteriores en donde la verdad se encontraba anudada a la autoridad divina. En este sentido, es importante destacar que las verdades fueron posibles a partir de un descentramiento, una desvinculación de la autoridad, antes situada en lo divino, y en la modernidad en el uso de la razón. En este sentido, la certeza como vuelta de la razón sobre sí misma inaugura el advenimiento del sujeto cartesiano (Aveggio, 2008).

Esta línea de pensamiento nos habilita para pensar la relación entre el advenimiento del sujeto moderno, las formas de sujeción y el surgimiento de las ciencias humanas a comienzos del siglo XIX.

2. Líneas para un análisis crítico del sujeto moderno

Michel Foucault (1970) permite definir al sujeto como constructo emergente de las narrativas modernas. Se refiere, entonces, al sujeto como función derivada, como efecto de la gobernabilidad o, en otros términos, del ejercicio del poder. "El sujeto se constituye en el pliegue narrativo de la trama política de la tensión de poderes y constituye un 'se' impersonal en la superficie de emergencia de tales narrativas. En

tanto construido por los discursos hegemónicos” (Femenias, 2000). En efecto, desde esta perspectiva, Foucault plantea una lectura que se diferencia de la noción sustantiva del sujeto moderno, sosteniendo que una definición esencialista no basta para caracterizar al sujeto.

Como Foucault declara retrospectivamente en el último período de su obra, no es el poder sino el sujeto el tema de su estudio. A la base de los distintos modos de objetivación del sujeto, el autor sitúa, a modo de determinante, las formas de gobierno de los individuos. No es que por abuso de poder haya locos o enfermos, su análisis muestra cómo a través de formas de gobierno de los alienados, por ejemplo, es objetivado el sujeto. De este modo, Foucault plantea la constitución del sujeto como un objeto para sí mismo, la formación de procedimientos por los que el sujeto se observa a sí mismo, se analiza, se descifra, se reconoce como un dominio epistémico posible. Es posible, entonces, delimitar tres dimensiones: saber, poder y subjetividad. El pensamiento de Foucault permite introducir la dimensión histórica que nos aleja de los presupuestos esencialista y ahistoricista que subyacen al sujeto cartesiano universal. Este autor, entonces, permite delinear una visión histórica y no esencializada del sujeto (Foucault, 1975, 1976).

En esta línea, enmarcada en una perspectiva postestructuralista, se sitúa Judith Butler. Sus escritos despiertan una fuerte polémica en los años 90. Desde el inicio, la autora asume una postura anti-ilustrada. Por un lado, su pensamiento toma elementos de Freud y de Lacan. Por otra parte, respecto del giro lingüístico, se posiciona tanto en la escuela inglesa (Austin, Searle) como en la francesa (Deleuze, Derrida). Sin duda, al igual que Foucault, subvierte las categorías con las cuales nos pensamos a nosotros mismos y la trama de nuestro mundo.

Inspirada en Foucault, Butler cuestiona la categoría del sujeto. En términos de sujeción, plantea que “el sujeto no es el producto de un libre juego o un realizarse [...] es aquello que impulsa y sostiene la realización a través de un proceso de repetición de las normas” (Femenias, 2003b). Movimiento que, por otra parte, instituye al sujeto.

Puede leerse, de este modo, al sujeto en términos de una producción ritualizada, cercada por condiciones que implican la prohibición y el tabú (Butler, 1990a, 2008). Pero aún así, a criterio de Butler, el sujeto no está determinado completamente por las normas. Esta incompletud en la determinación hace posible la desviación en la repetición y

la ruptura de la norma que permite la reinscripción en nuevos significados rompiendo contextos anteriores (Femenías, 2003a). Por otra parte, su postura permite instaurar la heterogeneidad al interior de la categoría del sujeto, pues no concibe al sujeto como un monolito incuestionable, con límites definidos, sino como una construcción discursiva, un sujeto descentrado y atravesado por múltiples dispositivos. Para Butler, lo que convencionalmente se entiende como causa de la posición subjetiva, en términos de representación e identificación, es más bien el efecto performativo de las prácticas discursivas. Desde esta lógica de pensamiento, en clave no encializada, no es posible delimitar ningún atributo referencial inherente al sujeto, en tanto es efecto de discurso (Butler, 2004).

3. Hacia una teoría del Sujeto. Una aproximación desde la Teoría Queer

El término Teoría Queer irrumpe en la escena académica como el novedoso título de una conferencia organizada por Teresa de Lauretis en 1990. Desde entonces tal expresión ha impactado de forma notable en la teoría feminista y de género, así como en los estudios gays y lésbicos, por su capacidad de problematizar y desestabilizar las categorías de pensamiento utilizadas hasta el momento (Watson, 2005). En primer lugar, la Teoría Queer ofrece un modo de abordar la sexualidad más allá de cualquier etiqueta que denote desviación o normalidad. La seductora utilización del término Queer ha proliferado desde entonces debido a su potencia disruptiva. Si bien para varios intelectuales este término se convirtió casi de inmediato en una categoría conceptualmente vacía de la industria editorial, cooptada por las instituciones que pretendía dismantelar, la Teoría Queer muestra un ritmo de producción extrañamente acelerado y desordenado que se ha independizado de su intención inicial —más ligada a una provocación que a una posición teórica consistente. Es así que la Teoría Queer parece configurarse como una oposición radical a la norma, una forma de resistencia a la homogeneización cultural que permite contrarrestar los discursos dominantes a través de otras construcciones y posicionamientos subjetivos en el interior de una cultura hetero-normada (Jagose, 2009).

Queer puede ser traducido como extraño, torcido o raro. Su uso ha servido como insulto denigrante para señalar a quienes son identi-

cados fuera de los alcances de la sexualidad hegemónica y normativa. Sin embargo, el término fue resignificado y apropiado en un sentido positivo, de tal modo la posición marginalizada y excluida que designa lo Queer deja de ser una localización indeseada. En este sentido, Queer designa la asunción orgullosa y afirmativa de una posición subjetiva radicalmente novedosa que no pretende ingresar en los marcos normativos, tampoco liberarse mediante afirmaciones identitarias disidentes, más bien pretende subvertir o socavar el dimorfismo sexual como principio de inteligibilidad cultural que torna al sexo dicotómico, hetero y estable (Giffney, 2004). En este sentido, lo Queer no pretende hundir sus raíces en la subjetividades a través de identidades fijas y monolíticas. Lo Queer supone la fluidez del movimiento continuo, la no captura en las categorías que ofrece la norma, admite la ambigüedad, el no lugar, el tránsito, el estar entre. Por tanto, más que una identidad, Queer señala una disposición o un modo de estar y de vivir (Valocchi, 2005).

En tanto representante de la Teoría Queer, la producción intelectual de Judith Butler suele ser identificada con temas como el género, la sexualidad y el cuerpo. Sin embargo, en *Mecanismos psíquicos del poder* (2010) la autora ofrece una teoría sobre la formación del sujeto elaborada a partir de los intentos de articular recursos conceptuales provenientes tanto del psicoanálisis como del pensamiento foucaultiano. Butler plantea que la subjetividad se articula como un sitio donde se lleva a cabo la reiteración y, por tanto, la persistencia de las condiciones de poder. En estos términos, el sujeto constituye una instancia material del poder.

Butler (2010) apela al psicoanálisis para explicar cuál es la forma psíquica que adopta el poder. La autora toma a Freud y a Foucault para construir su teoría de la formación del sujeto y, al mismo tiempo, analizar los mecanismos psíquicos implicados en la subordinación y subjetivación. De este modo, sitúa en la identificación la capacidad de explicar a partir de un mecanismo de funcionamiento psíquico la figura del tropo y su relación con el sometimiento, pues la puesta en marcha de este mecanismo implica un trayecto tropológico: el sujeto emerge mediante una identificación constitutiva que marca un pliegue, el punto en que el poder se vuelve sobre sí mismo. La identificación,

cuyo funcionamiento es topológico, construye el ámbito considerado como *interno*.

Tal como afirma Butler, "...el poder que en un primer momento aparece como externo, presionado sobre el sujeto, presionando al sujeto a la subordinación, asume una forma psíquica que constituye la identidad del sujeto" (Butler, 2010, p. 13). Posteriormente, la autora recurre a la identificación para dar cuenta del modo en que ésta produce topografías psíquicas. En esta línea de pensamiento, si las topografías psíquicas se conforman mediante la identificación, y si el poder externo se modela psíquicamente mediante la subordinación, entonces la identificación es el mecanismo psíquico que produce al sujeto a partir de la interiorización del poder, anclando al sujeto en la subordinación.

Butler toma el concepto de identificación para explicar el momento fundacional del sujeto mediante la vuelta que anuda *psique* y poder. Butler, reconoce que su posición con respecto a los orígenes de la sujeción es vaga, "la vuelta parece funcionar como inauguración topológica del sujeto, como momento fundacional cuyo estatuto ontológico será siempre incierto" (Butler, 2010, p. 13). Sin embargo, esta figura resulta valiosa, pues ingresar en el dilema topológico y en la paradoja del sometimiento permite tener en cuenta que "no podemos asumir la existencia de un sujeto que lleva a cabo una internalización mientras no tengamos una descripción de la formación del sujeto (. . .) Nos vemos obligados a referirnos a algo que aún no existe" (p. 14).

4. Vínculos forcluidos

Butler (2008, 2010) sugiere que la sujeción al poder forma al sujeto. La autora menciona que la posibilidad de identificarse y mantener vínculos con otros se encuentra organizada por prohibiciones internalizadas. Butler toma el concepto de *forclusión*, entendido como un repudio radical, para exponer la forma que un vínculo puede asumir. La forclusión estructura, entonces, los vínculos primarios recortando algunos otros como destinatarios posibles y repudiando, desde el inicio, otros objetos. Forclusión es la forma en que Butler explica cómo identificación y dirección del deseo son reguladas normativamente, por lo que este concepto es digerido por la autora bajo la forma de ideal regulativo, de acuerdo al cual sólo algunas formas de amor se tornan viables.

Butler vincula tal ideal regulativo con la heterosexualidad, pues los vínculos forcluidos son los homosexuales –esto es las elecciones de objeto del mismo sexo (Butler, 2004). En este contexto, la autora afirma que la prohibición fundacional que forma al sujeto no sólo opera a modo de sanción social internalizada, sino que recae sobre los vínculos homosexuales, descentrando así del corazón de la trama edípica la idea psicoanalítica clásica referente a la vinculación necesaria entre prohibición y deseo –siempre heterosexual– edípico incestuoso –idea ya plantada por Gayle Rubin (1975). En este sentido, el deseo heterosexual se sostiene sobre las bases de un deseo homosexual forcluido. Por otra parte, Butler explica la forma en que esta prohibición fundacional impacta sobre la dirección de las identificaciones, pues sobre dicha prohibición se articula toda identidad heterosexual.

Las identificaciones que constituyen al sujeto como internalización de las normas sociales se encuentran gestionadas y reguladas socialmente. El pensamiento de Jessica Benjamin (1996), al que Butler presta especial atención, permite vincular la dirección de las identificaciones con el deseo de reconocimiento. La idea de que nuestras identificaciones no son ajenas al deseo de reconocimiento complejiza el tema, pues permite pensar el modo en que los juegos de poder se apropian del proceso identificatorio. La formación del sujeto queda localizada, nuevamente, en el campo político. Con el fin de evitar la abyección, el deseo de reconocimiento conduce a que los sujetos se sometan a los marcos normativos existentes. Sin embargo, el lado oscuro de la identificación queda expuesto cuando “al ser llamado/a por un nombre injurioso, recibo el ser social (...) ello me lleva a abrazar los términos que me injurian porque me constituyen socialmente” (Butler, 2010, p. 118).

Si tomamos esta dirección, podemos encontrar el reconocimiento bajo la forma de seres humanos no legítimos. Las identificaciones que nos constituyen se ordenan de manera ambivalente, suponen la obtención del valioso reconocimiento que torna inteligible al sujeto bajo el costo de, muchas veces, una abyección invivible, de la forclusión de nosotros mismos como posibilidad. De esta manera, la identificación permite que aquellos aspectos de la vida social y política –comúnmente ligados a lo exterior– operen, y constituyan, un espacio interno. En este sentido, no somos los autores de las identificaciones que nos cons-

tituyen, sino que se encuentran gestionadas fuera de nosotros mismos, ordenadas a partir de las posibilidades ofrecidas socialmente.

Entonces, el mecanismo psíquico de la identificación, y su vinculación con la elección de objeto, no se encuentra desligado de las normas sociales imperantes. Es en este sentido que “la identidad sexual y la identidad de género funcionan como virtualmente normativas, regulativas y con fuertes consecuencias políticas, operando como un sistema de control y regulación de las subjetividades” (Femenías, 2003).

En relación con esto, el mismo proceso de formación del sujeto opera sobre la “producción simultánea de una esfera de seres abyectos” (Butler, 2008, p. 19). Estos seres abyectos no alcanzan el estatuto de sujeto, pero no obstante son necesarios para formar “el exterior constitutivo del campo de los sujetos [en cuestión]” (p. 19). Estos otros abyectos son relegados a una zona de inhabitabilidad: un espacio impensable que se constituye en un “sitio temido de la identificación” para el sujeto (p. 20).

Las denominadas minorías sexuales resultan un ejemplo esclarecedor del modo en que una amplia franja poblacional queda por fuera de los marcos de inteligibilidad social en relación a la diferencia de los sexos y su vinculación a través de una heterosexualidad obligatoria (Rich, 1980). Tal como analiza Butler (1990a) existe un fuerte componente heterosexista que atraviesa el binomio masculino/femenino. Es la categoría de diferencia sexual la que determina, en última instancia, los criterios de inteligibilidad dentro del campo social. Instituye una matriz que organiza las identidades y distribuyen los cuerpos, al tiempo que se les otorga un significado específico. La heterosexualidad no sólo constituye una opción sexual, sino un régimen de poder discursivo hegemónico, cuyas categorías fundadoras —varón y mujer— también son normativas y excluyentes. La matriz de inteligibilidad heterosexual, entonces, opera a través de la producción y el establecimiento de identidades en cuyas bases se ubica el presupuesto de la estabilidad del sexo binario. Quienes no se ajustan a la complementariedad naturalizada —gays, lesbianas, travestis, intersexuales, entre otros— caen por fuera de los marcos de inteligibilidad (Butler, 2000).

Para Butler ninguna organización social perdura sin ser reinstalada. En ese sentido depende de una reiteración constante, de una repetición que bajo ningún punto de vista está predeterminada. En efecto, su

propia instalación permanece en el terreno de lo contingente (Butler, 2011). Tal modo de abordar la cuestión sitúa la problemática de la diferencia desigualada no el campo de la naturaleza, sino en el terreno de lo discursivo, de la representación. En palabras de Butler, “cuando analizamos los modos más comunes de pensar la humanización y la deshumanización, partimos del supuesto de que los que gozan de representación, especialmente de autorepresentación, tienen más probabilidades de ser humanos, y quienes no tienen la oportunidad de representarse corren mayores riesgos de ser tratados como menos que humanos, considerados como menos que humanos, o directamente no tomados en cuenta” (Butler, 2006a, p.176).

La teoría de la performatividad del género de Butler (1990a) contribuye a pensar el modo en que el mundo social es construido en diversos niveles y en colaboración con el poder. Para la autora el género no es una esencia que conforma un núcleo interno permanente, inmutable y fijo, sino una realización de las normas de género por reiteración que, retroactivamente, fundan la ficción de una identidad de género sustancial. Es a partir de una repetición estilizada de actos (Butler, 1990b). El género, desde esta perspectiva, lejos de quedar reducido a una realidad interna o a un atributo individual devela las formas hegemónicas de poder en materia de género que, al mismo tiempo exponen su propia fragilidad.

Si bien los aportes de Butler impactan directamente contra la idea de pensar las identidades en términos esenciales, la idea de reivindicar las diferencias puede acarrear algunos problemas. Afirmar positivamente la diferencia apelando a políticas de identidad, por ejemplo, entrapa la noción de diferencia en el riesgo constante del esencialismo, apelando a atributos transhistóricos, extradiscursivos, inmutables para conformar a partir de allí una plataforma políticamente sólida para efectuar reclamos.

Desde otro ángulo, María Luisa Femenías (2008) propone pensar las identidades en tanto complejas construcciones políticas, dice: “reconocemos la identidad en términos de construcción constante, con estabilidad homeostática y pluridimensional, donde el proceso de identificaciones múltiples implica la autodefinición, tanto consciente como inconsciente, de lo que es ser un sujeto mujer” (Femenías, 2008, p. 22) o un sujeto varón. Tal parece ser una definición que captura la

identidad en su mayor complejidad posible, no coagulando al sujeto en esencias fijas tampoco diluyéndolo en la dinámica de un cambio, al tiempo que le otorga participación en la autodeterminación de su propio devenir.

En suma, a criterio de Butler (2004, 2008) el campo social se configura a partir de un interjuego de normas y exclusiones cuya emergencia es histórica. La autora se apoya en el concepto de forclusión para designar una operación que participa en la formación del sujeto. Se trata de una acción, una prohibición, una exclusión, un dejar fuera por completo que es previo a, y posibilita, la formación del sujeto. Para el psicoanálisis, en la interpretación de la autora, la forclusión es el efecto reiterado de una estructura. No es el sujeto quien excluye, sino a la inversa, el sujeto es el resultado de tal exclusión. No hay sujeto previo sobre el cual impacte la exclusión.

Butler emprende una maniobra que le permite una reapropiación del término forclusión, una utilización con otros fines. Butler (2004, 2008) acepta que la forclusión precede al sujeto, sin embargo no está dispuesta a admitir la existencia del ámbito prelingüístico que el funcionamiento de tal acción sugiere. Es así que, evocando a Foucault, Butler propone pensar que tal censura actúa como una forma productiva de poder. De este modo la forclusión constituye una censura normativa que (re)instala regímenes discursivos por medio de la producción de aquello que no es decible. La forclusión, entonces, da cuenta de la producción normativa del sujeto. Para distanciarse aún más del modo en que el psicoanálisis adopta este término, Butler expone la imagen de un sujeto que habla en el borde de lo decible/indecible. Un sujeto que, bajo el riesgo de ser arrojado a lo indecible, es capaz de volver a trazar tal distinción normativa. Todo parece indicar, tal como expone la autora, que un sujeto que habla en los bordes requiere que la acción que de la forclusión opere de manera continua.

Butler (2008) se interroga sobre los límites de la definición de lo humano, así como qué identificaciones son viables en el interior de tal definición. Desde su punto de vista, las normas sociales crean un dominio de inteligibilidad simbólica mediante la exclusión de posibilidades. Se delimita, así, lo decible de lo indecible, posiciones de sujeto vivibles de otras que no valen la pena ser vividas. En este punto queda claro que la autora sitúa al psicoanálisis como un afluente privilegiado

de categorías a la hora de pensar al sujeto en relación con el campo social (Butler, 2011).

5. La formación del sujeto: las identificaciones en Lacan

Butler (2008, 2010) se muestra profundamente influenciada por el pensamiento de Lacan. Sus lecturas lacanianas, le permiten articular ideas provenientes del psicoanálisis con el pensamiento de Foucault.

Las ideas en torno a la formación del sujeto que se desprenden del Estadio del espejo, tal como lo ha conceptualizado Lacan (1988), toman como punto de partida las primeras experiencias del niño, inmerso en sensaciones corporales caóticas que transcurren en la imposibilidad de distinguir interior/exterior, yo/otro. Es en relación con esta experiencia pre-lingüística e indiferenciada que Lacan intenta comprender la profunda relevancia del reconocimiento que el niño realiza de sí mismo en la imagen del espejo en tanto momento fundante de la subjetividad.

Butler captura en el pensamiento de Lacan una utilización del concepto de identificación en parte novedoso. La formulación lacaniana sobre la identificación depura, al menos en este punto, gran parte de elementos esencialistas presentes en la teoría freudiana de la formación del yo. Butler se aleja de toda concepción que inscribe la constitución del yo —por lo tanto, de la identidad— sobre la base de una esencia o fundamento universal, entonces la idea de que el yo se conforma a través de la identificación con la imagen efímera que refleja el espejo adviene como un recurso conceptual al que echar mano.

En este contexto conceptual, la imagen en el espejo ofrece un primer momento de reconocimiento, donde el sujeto se constituye en el giro delineado por el trayecto identificatorio que supone *verse a sí mismo viendo*. Al igual que las capas de nácar que comienzan a rodear el grano de arena instalado en el corazón o núcleo de la futura perla, la imagen especular se cristaliza, vía identificación, en un punto fijo alrededor del cual, y en relación al que, comienza a construirse la identidad y a organizarse la experiencia. La imagen en el espejo configura, entonces, la base imaginaria —registro donde Lacan ubica las identificaciones— de coherencia y unidad que nuclea la identidad.

Al mismo tiempo, la imagen especular implica una inversión, propia del mecanismo de identificación, a la que Butler apela. El trayecto de

la identificación toma como soporte a la imagen y localiza la existencia del sujeto allí donde no estaba. La relación interior/ exterior se trastoca. La imagen ideal, nítida y clara, del espejo que es interiorizada vía identificación confiere realidad al yo y se instala como modelo de lo que es ser un yo. Lo que se constituye es un sentido del yo como una entidad, un núcleo irrenunciable independiente del campo de lo social.

Identificarse, es tomar como propia la existencia localizada inicialmente en un espacio fuera de sí, nos atrapa en un intento constante por mantener de manera invariable la identidad y la sustancialidad del yo. El sujeto llega a tener conciencia de sí mismo configurando una identidad cuyos límites, contorneados en la imagen, no deben ser cruzados. Se trata de una verdad incuestionable del sí mismo que debe ser defendida, ya que, en última instancia y desde el punto de vista del sujeto, lo que está en juego es la propia existencia. Tal como señala Michelle Renée Matisons (1998), Teresa Brennan —a partir de la lectura del estadio del espejo de Lacan— destaca que la experiencia ante el espejo instala una fantasía psíquica fundamental de autonomía, para lo cual es necesario separar y excluir a un otro. Brennan enfatiza que esta fantasía narcisista fundacional instala una distinción sujeto/objeto que nunca puede ser neutral ya que, tomando a Julia Kristeva, afirma que instalar al otro como objeto es un proceso que se sostiene sobre la abyección del “otro” (Elliot, 2005; Tyler, 2009).

Sea como fuere, resulta claro que este momento fundacional del yo, signado por la identificación, es al mismo tiempo un momento de enajenación. Tanto el yo como su identidad son, entonces, espacios imaginarios que hacen posible la sujeción. Es en este sentido que, como ya se ha mencionado, en el pensamiento de Butler la identificación es el mecanismo psíquico del poder por excelencia. La identificación constituye la forma en que las restricciones políticas se registran psíquicamente (Butler, 2008).

Posteriormente, Lacan reformula sus ideas al respecto para agregar una variable no menor que Butler tiene en cuenta. El yo no está solo en el espejo. El recorrido identificatorio se dirige a la imagen como referente debido a que se encuentra presente la mirada y el reconocimiento de otro. La mirada y el deseo del Otro adquieren el poder para confirmar la inteligibilidad del sí mismo, como contrapartida, la mira-

da y el deseo del Otro también adquieren el poder de tornar abyecto al sí mismo. Como ya se ha señalado, Butler articula en este punto el mecanismo de la identificación con el campo social en donde la mirada del Otro también opera como un espejo —aunque esta vez en el registro simbólico— en el que el sujeto busca el espectro provisto de reconocimiento en donde dirigir sus identificaciones.

6. Entre Freud y Foucault: un espacio problemático

Al igual que en sus primeros libros, el psicoanálisis constituye una fuente teórica a la que Butler apela para construir diversas líneas argumentativas. El mecanismo de la identificación, y su comprensión en términos de proceso, permite a la autora hallar un punto de articulación posible entre la formación del sujeto y la visión foucaultiana del poder. Butler intenta situar su trabajo entre Freud y Foucault, así lo demuestra su preocupación por “plantear el análisis crítico del sometimiento psíquico en términos de los efectos reguladores y productivos del poder” (Butler 2010, p. 30).

Sin embargo, en todos los casos, la selección de conceptos psicoanalíticos siempre permanece enmarcada en la problemática foucaultiana de la producción histórica del sujeto, de la relación entre el poder y la formación de la subjetividad. Se trata, más bien, de una lectura foucaultiana del psicoanálisis. A pesar de que Butler inscribe su análisis sobre los mecanismos psíquicos del poder en la intersección del pensamiento foucaultiano y la teoría psicoanalítica, Foucault y Freud introducen problemas teóricos específicos a su análisis de la formación del sujeto, que la autora despliega —o no— en función de sus objetivos. El problema que intenta deslindar Butler es Foucaultiano, no psicoanalítico. En última instancia, se trata de perseguir una teoría sobre las operaciones del poder, sobre la producción del sujeto en —y por— el poder.

En el contexto dado por la propuesta butleriana, el psicoanálisis se reduce a una teoría del sujeto complementaria. La teoría psicoanalítica —específicamente el concepto de identificación— es utilizada por Butler para cubrir la brecha que, a criterio de la autora, existe en la producción de Foucault relacionada con la formación del sujeto. Butler no realiza una lectura psicoanalítica de la teoría foucaultiana que ponga en cuestión los supuestos nucleares de tal teoría. Esto se

debe a que Butler otorga al psicoanálisis el lugar de prótesis que utiliza para suplementar una dimensión ausente en el trabajo de Foucault. Butler selecciona aportes de Freud y de Lacan y los traslada fuera del campo del psicoanálisis, puesto que su búsqueda transcurre hacia una teoría política del sujeto.

Es en este sentido que Butler articula sus propias ideas sobre la formación del sujeto. Sin embargo, el modo en que Butler entiende al sujeto funciona como un límite en la selección de conceptos psicoanalíticos que ella misma realiza. En palabras de Butler: “El sujeto, ese ser viable e inteligible, se produce siempre con un coste, y todo aquello que se resiste a las exigencias normativas por las cuales se instituyen los sujetos permanece inconsciente. La psique, por tanto, que engloba al inconsciente, es muy distinta del sujeto: es precisamente lo que desborda los efectos encarceladores de la exigencia discursiva de habitar una identidad coherente, de convertirse en un sujeto coherente” (Butler, 2010, p. 98).

La teoría de la formación del sujeto de Butler es una teoría de la formación de la identidad. Es por ello que la identificación resulta un concepto nodal. El concepto de identificación le impide a Butler ofrecer una teoría de la agencia. Su elección por el concepto de identificación, junto al lugar que le otorga en su pensamiento, deja poco margen para teorizar la posibilidad de resistencia ante el poder.

Butler sostiene que el giro propio de la identificación desde el objeto (los otros) hacia el yo es precisamente lo que interioriza al yo, la identificación produce una serie de tropos topográficos de la vida psíquica, donde se pone en juego tanto la conservación y la protección del objeto, así como la lucha y la persecución contra el propio yo. Si bien la lectura de Butler señalando la forma en que la identificación con el objeto perdido no sólo inaugura una división entre la psique y el mundo “externo” (Butler, 2009).

Como ya se ha señalado, las lecturas sobre la identificación en Freud se presentan como un espacio potencial y fructífero al proyecto butleriano de articular poder y psique. Sin embargo, el recurso al psicoanálisis en general, y a la identificación en particular, no constituyen una contribución provechosa a la hora de pensar la posibilidad de transformación del sujeto. La identificación colapsa el espacio para la resistencia, inscribe el poder de manera masiva dentro del sujeto, en-

trampa el elemento “exterior” a sí a partir del cual se conforma el sujeto. Aún en este contexto conceptual, Butler (2010) no ofrece modos para pensar la posibilidad de que el sujeto no quede absolutamente cooptado por la influencia totalizante de las identificaciones, modos para pensar modalidades a partir de las cuales el sujeto oponga resistencia, incluso luche en contra de identificaciones constitutivas. En sentido estricto no es posible desestabilizar las identificaciones, es el campo de valencias simbólicas el que estabiliza las direcciones de la identificación. Butler pone demasiadas expectativas en un mecanismo que genera un retorno a la lógica de la identidad que ella misma pretende atacar.

Paradójicamente, *Mecanismos psíquicos del poder* (2010) —obra en la que Butler incorpora gran cantidad de recursos psicoanalíticos para recortar su teoría de la formación del sujeto— no es un trabajo psicoanalítico. No puede considerarse psicoanalítico porque la autora no tiene en cuenta la dimensión Inconsciente del sujeto en la articulación con Foucault que se propone. Dimensión donde, según ella misma reconoce en la cita antes mencionada, podemos pensar la posibilidad de agencia. Es claro que enfatiza las estructuras formadas vía identificación —yo y *superyó*— pero no menciona la tercera instancia psíquica: el *Ello*, ligada a lo inconsciente que escapa de la puesta en forma que impone la identificación. Butler enfatiza el origen del yo, es aquí donde se recorta claramente la influencia del estadio del espejo de Lacan. No incluir los aspectos inconscientes, tanto de la teoría lacaniana como freudiana, no deja espacio al yo para la resistencia. El sujeto no es otra cosa que un jinete impotente e indefenso a caballo de la Identificación. Si en los primeros tramos de su obra Butler (1990a, 2008) localizó en la identificación una lógica diferente a la de la identidad, en *Mecanismos psíquicos del poder* tales planteos pierden potencia explicativa. El propio mecanismo de identificación, a esta altura, produce una vuelta sobre sí mismo y queda sujeto al poder.

7. Reflexiones finales: más allá de la identificación

Si tomamos otros segmentos del pensamiento de Butler, es posible detectar, sin embargo, líneas de fuga al carácter encriptado que asume la identificación en *Los mecanismos psíquicos del poder* a partir de la modelización lacaniana que la autora realiza de tal mecanismo. En *Cuerpos*

que importan (2008), a partir de referencias a Lacan, Butler menciona que

Estrictamente hablando, no puede decirse pues que el yo se identifique con un objeto exterior a él; antes bien, el “exterior” del yo se demarca ambiguamente por primera vez a través de una identificación con una imago, que es en sí misma una relación, o en realidad se establece en y como lo imaginario una frontera espacial que negocia lo “exterior” y lo “interior” (p. 119).

En este caso la identificación permanece ligada al continuo establecimiento de una frontera vacilante e imaginaria.

Por otra parte, en *Deshacer el género* (2006a), Butler enfatiza que “los términos que componen el propio género se hallan, desde el principio, fuera de uno mismo, más allá de uno mismo, en una socialidad que no tiene un solo autor” (p. 13-14). En esta línea, la autora retoma la noción de sujetos ex-staticos entendida como estar fuera de uno mismo. En uno de los ensayos que integran tal libro, titulado “El anhelo de reconocimiento”, Butler toma como eje algunas de las ideas de Jessica Benjamin —es decir del psicoanálisis de las relaciones de objeto, con lo que, nuevamente, echa mano a la identificación. Teniendo en cuenta esto, desde una lectura apresurada, el ensayo puede sugerir un intento de Butler por retomar de manera subterránea su propósito en *Mecanismos psíquicos del poder*. Butler enfatiza que el sujeto está inevitablemente ligado a los términos que articulan el campo social, lo cual, en primera instancia, parece estar a la base de una posible relación entre el carácter ex-stático del sujeto y el mecanismo de la identificación —donde la identificación adviene para explicar, en términos psicoanalíticos, la formación ex-stática del sujeto como una psique que ha sido constituida por normas sociales preexistentes y localizadas “fuera” del sujeto.

Sin embargo, Butler es clara cuando menciona que la propuesta de Benjamin, centrada en la posibilidad de pensar las identificaciones pre-edípicas en términos sobreinclusivos (Benjamin, 1997), rechaza la noción de un yo ex-státicamente involucrado en el otro. En palabras de Butler: “Para ser uno mismo se debe pasar a través de la pérdida de sí, y después de atravesarla nunca más ‘retornará’ a ser lo que era (...) ser un yo es estar a cierta distancia de lo que uno es (...) estar siem-

pre siendo arrojado fuera de uno mismo, como Otro de uno mismo” (Butler, 2006a, p. 211-212). El carácter ex-stático del sujeto no parece, entonces, estar en sintonía con la identificación. Al contrario del carácter ex-stático, la identificación arroja como consecuencia teórica inexorable la instalación de un núcleo sin el cual no es posible pensar al sujeto. La identificación marca una dinámica inversa al ser arrojado fuera de uno mismo, pues las identificaciones toman aspectos de los objetos y a partir de allí modifican al yo. Tal modificación opera por añadidura. Se trata de sedimentaciones —como dice Freud—, capas que se añaden en torno a un núcleo. Aunque Lacan deja en claro que se trata de un aspecto imaginario, con realidad de ficción, opera como una reificación teórica potente a la hora de pensar la articulación del Sujeto. En este sentido, la identificación no arroja al sujeto fuera de sí, por el contrario arrastra al otro hacia sí.

Butler menciona:

el yo que estoy perfilando aquí está más allá de sí mismo desde el inicio y está definido por su ex-stasis ontológico, esta relación fundamental con el Otro en la cual se encuentra a sí mismo ambiguamente instalado fuera de sí mismo. Sugiero que este modelo es una manera de cuestionar cualquier afirmación relacionada con la autosuficiencia del sujeto y con el carácter incorporativo de toda identificación (2006a, p. 214).

Butler refiere a que este carácter ex-stático del yo se vincula con una “noción del yo que invariablemente se pierde a sí mismo en el otro que procura la existencia del yo” (2006a, p. 213). Esta perspectiva no va por la misma vía que los vínculos apasionados, antes planteados, vinculados a los procesos de identificación. A esta altura de su obra —en *Deshacer el género*—, cuando su pensamiento ha asumido cierto giro (Femenías, 2012), ya no es la identificación lo que le permite a Butler pensar la formación del sujeto. A partir del 11 de septiembre de 2001 el problema gira en torno a la pérdida y la vulnerabilidad al momento de pensar la posibilidad de lazos interpersonales en la conformación de una comunidad política (Butler, 2006b, 2009).

Tal vez lo que opera como obstáculo en el pensamiento de Butler sea la referencia al psicoanálisis. Aún así, como se ha señalado, su obra reúne tal complejidad como para hallar líneas argumentativas que permiten entretejer nuevos imaginarios posibles más allá de la captura

identificatoria del sujeto en, y por, la norma. Es la noción de sujetos exstáticos que Butler toma del campo de la filosofía, y no el mecanismo de la identificación proveniente del psicoanálisis, la que permite, finalmente, pensar la posibilidad de una transformación subjetiva acorde a la propuesta política que fundamenta sus conceptualizaciones.

Referencias

- Aveggio, R., 2008, "Del estatuto epistémico, político y económico del sujeto moderno, hacia una problematización libidinal del sujeto del inconsciente", *Virtualia*, no. 18, año VII.
- Benjamin, J., 1996, *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*, Paidós, Buenos Aires.
- , 1997, *Sujetos iguales. Objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*, Paidós, Buenos Aires.
- Butler J., 1990a, *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Routledge, New York.
- , 1990b, "Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory", en Case 1990, pp. 270-282.
- , 2000, "Imitación e insubordinación de género", en Giordano y Graham 2000, pp. 87-113.
- , 2004, *Lenguaje, poder e identidad*, Síntesis, Madrid.
- , 2006a, *Deshacer el género*, Paidós, Barcelona.
- , , 2006b, *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Paidós, Buenos Aires.
- , 2008, *Cuerpos que importan*, Paidós, Buenos Aires.
- , 2009, "El transgénero y la actitud de la revuelta", *Revista de psicoanálisis*, vol. LXVI, no. 3, pp. 731-748.
- , 2010, *Mecanismos psíquicos del poder: Teorías sobre la sujeción*, Cátedra, Madrid.
- Case, S., 1990, *Performing Feminisms: Feminist Critical Theory and Theatre*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Elliot, A., 2005, "The Constitution of the Subject: Primary Repression after Kristeva and Laplanche", *European Journal of Social Theory*, vol. 8, no. 1, pp. 25-42.
- Femenías, M. L., 2000, *Sobre sujeto y género*, Catálogos, Buenos Aires.
- , 2003a, *Judith Butler: Introducción a su lectura*, Catálogos, Buenos Aires.
- , 2003b, "Aproximación al pensamiento de Judith Butler", Conferencia dictada en la Universidad de La Laguna, España, 5 de Diciembre de 2003.
- , 2008, "Identidades esencializadas /violencias activadas", *ISEGORÍA*, no. 38, pp. 15-38.
- , 2012, *Sobre sujeto y género. (Re)Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*, Prohistoria Ediciones, Rosario.

- Flax, J., 1990, *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos Fragmentarios*, Cátedra, Madrid.
- Foster, H., 1985, *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona.
- Foucault, M., 1970, *El orden del discurso*, Tusquets, Buenos Aires.
- , 1975, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires.
- , 1976, *La voluntad de saber: Historia de la sexualidad*, vol 1, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Giffney, N., 2004, “Denormalizing Queer Theory: More Than (Simply) Lesbian and Gay Studies”, *Feminist Theory*, vol. 5, no. 1, pp. 73-78.
- Giordano, R. y G. Graham, 2000, *Grafiás de Eros. Historia, género e identidades sexuales*, Edelp, Buenos Aires.
- Jagose, A., 2009, “Feminism’s Queer Theory”, *Feminism & Psychology*, vol. 19, no. 2, pp. 157-74.
- Lacan, J., 1988, “El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, en *Escritos I*, pp. 86-93, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Lyotard, J., 1979, *La Condición Postmoderna*, Cátedra, Madrid.
- Matisons, M. R., 1998, “The New Feminist Philosophy of the Body: Haraway, Butler and Brennan”, *European Journal of Women’s Studies*, vol. 5, no. 9, pp. 9-34.
- Rayna, R., 1975, *Toward an Anthropology of Women*, Monthly Review Press, Nueva York.
- Rich, A., 1980, “Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence”, *Signs*, vol. 4, no. 5, pp. 631-60.
- Rubin, G., 1975, “The Traffic in Women: Notes on the ‘Political Economy’ of Sex”, en Rayna 1975, pp. 157-10.
- Tyler, I., 2009, “Against abjection”, *Feminist Theory*, vol. 10, no. 1, pp. 77-98.
- Valocchi, S., 2005, “Not Yet Queer Enough: The Lessons of Queer Theory for the Sociology of Gender and Sexuality”, *Gender & Society*, vol. 19, no. 6, pp. 750-70.
- Watson, K., 2005, “Queer Theory”, *Group Analysis*, vol. 38, no. 1, pp. 67-81.

Recibido: 16 de diciembre de 2013.

Aceptado: 24 de enero de 2014.